

UN HÖMENAJE

Discurso del Profesor Manuel José Luque, en el banquete ofrecido al doctor Nicolás Torres Barreto. Agasajo hecho en el Club Médico de Bogotá, por la Sociedad de Cirugía, en la noche del 24 de julio de 1945.

DOCTOR NICOLAS BARRETO.

Bodas de Plata profesionales ().*

Señores Miembros de la Sociedad de Cirugía:

Querido Nicolás: escúchame un cuento.

Dicen que entre un legajo de papeles apolillados y mohosos, que pertenecieron a la antigua Santafé de Bogotá, se encontró una leyenda, más bien una novela, intitulada: "La mutua influencia de dos vidas".

Si leyeras hombre! Había de un edificio colonial; describe un corredor de arquería románica agrietada y semiderruida encuadrando un patio, y en el centro de él un jardineillo con arbustos y flores, y pila y agua y sol. Cuenta, si no me equivoco, que aquélle perpetuaba en edificio propio, el pensamiento de un fraile, Miguel de la Isla que por los albores del año de 1777 leía Lecciones de Medicina en el Colegio del Rosario.

Y siguen las consejas y las fábulas! Con el correr de los tiempos a ese caserón lo llamaron Santa Inés y lo apellidaron Facultad de Medicina. Pues bien; entre las hojas del infolio viejo, casi ilegible, se encuentra entre letras borrosas y torcidas, la historia de un par de mozos, que no acierto a comprender y para descifrarla necesito tu ayuda, querido Nicolás.

(*) La REVISTA DE LA FACULTAD, al hacer suyas las palabras del Profesor Luque, felicitó al doctor Torres Barreto con motivo de haber cumplido con brillo y alto espíritu científico sus veinte y cinco años de profesión.

"Eránse dos muchachos —comienza la leyenda— que husmeaban en la ciencia de Galeno y se encontraron en el mismo sitio: los corredores de la casa antigua y colonial. Una mañana, llena de luz y calma, a la salida de una clase que denominaban Química Mineral y que dictara un viejecito a quien llamaban don Paquito Montoya; se hicieron amigos y se dieron la mano".

"Qué curioso contraste! El uno bohemio, desgarbado, con puntas de pintor y de músico, con arrestos de grabador y dibujante; el otro, entrador, alegre, vivaracho, locuaz y parlachín con risa acascabelada y con ojos de burlón y de pícaro. Tímido, mohino y por añadidura pobre, pobrísimo el primero; adinerado el segundo y con un inmenso corazón de amigo. Y apareció la mano del destino que los complementara, la influencia de la común aspiración en caracteres distintos, pero jamás opuestos".

Asociando ideas y si no fuera fábula lo que estoy diciendo; si don Ramón del Valle Inclán no se disgustara, repetiría con el Monólogo de Pierrot:

*"Dentro de mí, como un lejano coro
reviven las memorias
de alegres días, de entrañables glorias,
mañanas perfumadas ;tardes de oro!
Vuelvo a sentir aquel temblor que era
raticinio de amores,
cuando el cortejo de la Primavera
iba en mi alma deshojando flores".*

Pero inconscientemente he dicho lo que pasa "dentro de mí", desviándome del infolio que quiero comentar. "Dos hermanos de espíritu —para citar palabras textuales— se juntaron entonces, si-guieron por la vida, sufrieron y gozaron, lucharon, padecieron...."

Y se encuentra la historia trivial del estudiante con el camarada, leyendo uno, escuchando el otro. Comentando ambos el párrafo, la frase: repitiendo de memoria el que oía, mientras su amigo controlaba en el libro. Con las primeras sílabas de los nombres de las vísceras formaban palabras pnemotécnicas con las cuales deducían las relaciones anatómicas de los órganos. Así, con esa ingeniosa manera de retener, los futuros Poiriers, formaron verdaderos diccionarios que los hacían invencibles en los concursos de Anatomía".

Luego siguen palabras ilegibles, renglones cortos, como de algún poema que acaso destiñera la esponja del tiempo. Sin duda que debían referirse a investigaciones, quizás estudios sobre la anemia tropical cuando topamos con una cuarteta que decía:



Doctor Nicolás Torres Barreto.

*"Hipócrates, maestro sabio y bueno,
no imaginó, con su sabiduría,
que alguna vez la humanidad tendría
un gusano roedor en el duodeno".*

"Y aquí el lugar más interesante de aquellas consejas, porque se hallan ideas que como chispas saltaban de cerebro a cerebro; y es que hay anhelos que se volvieron humo, esperanzas perdidas, esfuerzos triturantes. Pero la juventud calentando la antorcha y avivando la llama, confortaba el espíritu, encendiendo la fe. Y jamás, nunca jamás, una claudicación ni una desesperanza! Y al reflejarse como en un lago las dos almas, en un lirismo espiritual y hermoso el tímido y mohino se tornó retozón y el de la risa acascabelada, el de los ojos de burlón y de pícaro compró flauta y enfiló a la bohemia. Oh, la mutua influencia de dos vidas!" Y Sonó La Pandereta de Chocano, cuando cantaba uno de ellos:

*"Río con tu risa, peno con tus penas,
sangre de tu sangre corre por mis venas
y desde la altura de esa edad remota
viene a mi esa sangre; cual si fuera gota
que desde ese tiempo destilando está".*

El otro complementaba el canto:

*"Amo tus balcones plenos de macetas
y las coplas tristes con que los poetas
pulsan la guitarra y hacen el amor;
la sospecha muda, la venganza mora,
el galán furtivo, la mujer traídora
y el puñal desnudo de su matador".*

"Oh épocas —dice el infolio de papeles deshechos— cómo os fuisteis, por qué nos dejásteis, a qué tu abandono cruel y brutal! La vida, es una música errante que pasa bajo nuestros aleros y se aleja, y se apaga, dejando un eco de melancolía".

Del legajo faltan posiblemente muchas fojas y no se sabe más de los estudios hasta el día de sus grados, de los cuales apenas se menciona el motivo de las tesis: la una sobre Sífilis; la otra sobre Tensión Arterial.

"Ya doctores —continúa el escrito— plenos de lecciones teóricas y encarados al destino partieron a provincia. Sogamoso fue el patio para el uno; en la ciudad de Rendón clavó su tienda el otro".

(Antes de seguir adelante leamos una llamada situada en la

parte inferior de la hoja y que dice: "en Sogamoso, y en tiempos muy remotos, se encontraba el templo del Sol, preciosísima joya del arte indígena, en cuyos muros podían descifrarse todas las leyendas de aquellas tribus. Primorosos relieves, curiosos jeroglíficos, de licadísimas filigranas que interpretaban a su manera y hacían imperecederas esas mezclas de mitología y de realidad, de secretos, de ensueños y de hechos. Pero el templo cubierto con techos de paja fue víctima de la avaricia de los soldados españoles. Ellos, ávidos de oro, penetraron a su recinto con hachones encendidos y al prenderle fuego, toda aquella historia preñada de hazañas y de guerras, siglos amontonados en pueblos y más pueblos, se volvieron cenizas y humo".

Para la ciudad de Rendón tiene un lirismo encantador. La describe como un barrancal de colores variados, donde se dieron cita todas las medias tintas. Y cuenta que "en lo alto de las lomás y en cojines de piedras, las tribus del Zaque Quemuenchatocha hincaban la rodilla bajando la cabeza y puestas las manos, bajo el embovedado azuloso del cielo, adoraban al Sol en las horas del atardecer.... Y fue ese Zaque quién dio el nombre de Hunza, o Tunja, al primitivo caserío, y fueron los soldados del Adelantado Jiménez de Quesada quienes lo vencieron y tomaron prisionero después de heroica resistencia. Agregan que al sacarlo de su palacio hallaron tántas esmeraldas y piedras preciosas y tanto, tantísimo oro que formando una montaña colosal, los jinetes en contorno del montón no podían contemplarse los unos a los otros).

Terminada la llamada, sigue el escrito de aquesta guisa: "Establishidos en las dos ciudades, atemorizados y nerviosos, sintieron entonces el temor de la primera fórmula; las angustias en los casos difíciles; la actitud solapada y cobarde del viejo médico del pueblo que haciendo presión sobre la reputación del novel, crea problemas y dificultades; la candidatura al Concejo Municipal; las conjeturas sobre el color político; los comentarios, la chismografía. Elogiosos conceptos por la operación al sacrístán y el primer muerto con los más estupendos dieterios. Así, en esa forma, en una especie de curva de supuración con altas y con bajas abrieron brecha y se iniciaron en la brega de la profesión. Ganaron centavos que les dieron los pobres, o tomaron tacitas de té con que pagan los ricos".

Un buen día, con los ahorros hechos, "por esas carreteras de polvo y de lágrimas" que diría Martínez Sierra, resolvieron unirse los dos viejos amigos para viajar a Europa. Llevaba fe, confianza en el mañana, todo un bagaje de ilusiones, esperanzas y anhelos en su mundo interior.

"Llegaron a París en la estación del verano. La impresión del primer momento fue sencillamente deslumbrante. Amplísimas ave-

nidas artísticamente arborizadas; plazas llenas de hechos gloriosos, saturadas de arte; edificios en los cuales hermanaron pureza de línea e intención ornamental; puentes, brocados de belleza, como el de Alejandro III, haciendo contraste al reflejarse sobre las aguas turbias y onduladas del Sena. Alegría y luz, entusiasmo y vida, y risa y carcajada y derroche de colores y salpiques de sol, todo impresionando el subconsciente en una irizada variedad de tonos. Hasta las gentes pregonando en las calles L'Intransigeant, o Le Petit Parisien, o las multitudes con el violín, el acordeón y la guitarra entonando a viva voz:

*"Quand on est une violette,
Il faut rester une simple fleurette,
Et tres discrete moins parler de soi
D'être coquette on a pas le droit".*

“Una vez instalados en el Nº 1 de la Rue des Ecoles, encamaron sus actividades al perfeccionamiento de los estudios médicos. Sin duda alguna las universidades del Viejo Mundo fueron decisivas. Comprendieron entonces que a pesar de las deficiencias colombianas, ora por carencia de recursos, ora por el medio indiferente, hostil en ocasiones, muchos de los valores intelectuales de por acá resistirían airoso la comparación con los de allende los mares. Cuando junto a la cama del enfermo en el histórico Hospital Cochin hablaba ese clínico enorme que se llamaba Fernando Widal, tan grande en sus genialidades como ilímite en su orgullo, se dieron viva cuenta de que en Bogotá y en el derruido Hospital de San Juan de Dios, había un viejecito con idéntica potencialidad de análisis, más clara y más sencilla su exposición, tan erudito como aquél e inmensa, infinitamente más modesto: se trataba de un tal Lombana y Barreneche. Y vieron también en París que ante el cadáver destrozado en las Salas de Anatomía, no ha existido hasta ahora nadie que en precisión y en saber, pudiera compararse a otro colombiano de apellidos Rivas y Merizalde. Y eso que en las ciudades europeas se encontraban Faure y Nicolás y Rouviere.

Y dice la novela que estoy comentando qué el par de mozuelos miraban como de semidioses los nombres de los profesores que se hallaban en los libros. Pero ya contemplados cara a cara con todas sus virtudes y con las miserias de la humana carne, aprendieron más y más a conocer la vida. Admiraron a Gosset el gran cirujano difícil de igualar y menos aún de superar, hombre de voz atiplada y disonante; a Gilbert, esquelético y entelerido; a Hartmann, que con Quenú acababa de escribir un precioso libro sobre enfermedades del recto, caprichoso y de malísimo carácter; al genial Delbet,

sencillo y espiritual pero ya medio encorvado y pseudo-xifótico; conocieron al petulante Legueu, de palabra facilísima y elegante, pero más inflado que una llanta de automóvil. Y trataron a Abrami y a Brulé, por aquel entonces simples profesores agregados, dos esperanzas de la ciencia francesa. Oyeron a Lecene, y a Lardennois, a Chiray y a Fiessinguer. Estuvieron con Carnot el modesto científico; con el inolvidable Marión de ternura y bondad evangélicas; con Roger y con Richet agobiados no tanto con el peso de los altos como por la carga de sus glorias.

Los dos compañeros se entregaron en la universidad a actividades diferentes: el uno a la cirugía, el otro a la tocología. Este, de una memoria felicísima y de una facilidad incomparable para aprender idiomas, captó a cabalidad la mente y el espíritu franceses. Concurría al Hospital Bandelocque donde trabajaba el famoso Couvenlaire. Y fue tan grande la influencia espiritual de éste, tan adentradas en su sér sus enseñanzas, que parecía un profesor de la Universidad de París, y era un real placer espiritual escuchar sus dissertaciones, u oírlo narrar fiel y detalladamente cuanto escuchara a su maestro. Nunca fue el discípulo que aprende porque lo dijo el profesor, nó; todo lo asimilaba digerido, tras el tamiz de la lógica y de su raciocinio, transformando las ideas en su propia substancia. Hermanando las teorías con largas horas de práctica, comparaba escuelas, analizaba historias clínicas. Esa, la iniciación de quien llegó a ser prestigiosísimo partero con el deslizarse de los días.

Veamos ahora una anécdota de la estación de las lluvias y entresaquémosla del legajo de papeles apollillados y mohosos. "Era el invierno de 1920. Sobre los hombros de los dos muchachos que atorridos y temblorosos recorrían el Boulevard Saint Michel, caían densos copos de nieve. Con castañas recientemente tostadas, que compraron en el primer ventorro y colocaron entre los bolsillos calentaban las manos. Entristecidos con el recuerdo de la patria y del hogar lejanos, huyendo de la ventisca helada, determinaron entrar a un restaurante donde se escuchaba la música de un violín y de un piano. En el fondo del salón una "demoiselle" tomaba una taza de café y en la misma mesa elegida por ella, hallaron sitio los protagonistas de este cuento. Saludarse y entrar en amenísimo pali-que, todo uno. Era la época en la cual fue recibida en la Academia Francesa la Comtesse de Noailles y a propósito de ello giró la conversación. Con la sutileza y agilidad mentales de las hijas de Lutecia, se expresó en esta forma: "Nada menos que Descartes, Pascal, Moliére, La Rochefoucauld, Rousseau, Diderot, Balzac, Goutier, Alfonso Daudet fueron rechazados, decía la muchacha. Víctor Hugo y Alfredo de Vigny fracasaron tres veces. Al pobre Zolá treinta y una veces se le dio con la puerta por la cara. En cambio, intrigan-

tes y anónimos como Houssaye, Gaston Paris, Henri Lavedan, Brunetier; inferiorizados como Freycinet, André Theuriet, Paul Herivieu ocupan un sillón". Escuchaban aquella disertación el cirujano y el tocólogo en ciernes y pensaban en tantas academias también plagadas con anónimos y con intrigantes.... Se habló luégo de los seres amados, a tantas leguas de distancia pero tan cerca de nuestro corazón; de la melancolía, de la amargura cantada tan tiernamente por los poetas de Francia como Hugo, Alfred de Musset, Maupassant, y entonces apareció la estrofa:

*"Dejemos esta noche pasar nuestra tristeza,
sentados en la mesa del viejo restaurant.*

*Pues eres por tus gracias y por tu gentileza
la dama de los cuentos de Guy de Maupassant".*

El viaje a París es como la meta en la existencia del médico; y tanto lo será, cuanto que la divide en dos mitades distintas: del nacimiento a su permanencia en la Ciudad Luz; de ésta, a la muerte. Hasta el final del primer período se acopian elementos; de ahí en adelante se suceden las realizaciones. En el uno, las alternativas, la inseguridad; en el otro se forma o se acentúa la personalidad. Es el edificio que se concluye en dos mitades fundamentalmente desemejantes, pero complementarias: el plano, los cimientos, los muros y los techos que constituyen como si dijéramos el armazón de la etapa inicial; los jardines, la decoración, la distribución de las luces, los tapices, los cuadros, el fuego y el calor en el hogar, es decir la vida misma de la casa que la perfecciona y la concluye, constituye el final.

La influencia de la capital francesa fue manifiesta en el porvenir de los dos camaradas, pero más especialmente en la suerte del partero. La delicadeza del francés, la camaradería, la simpatía, la isinuación y la viveza, hasta las bromas y las chanzas del gallo. Todo aquello que hace agradable al hombre, que lo tonifica y le abre las puertas de la sociedad y que debe tener el tocólogo impregnado en sus átomos y sus moléculas, lo alcanzó a perfección el discípulo de Couvelaire.

Pero sus aspiraciones no se limitaron a captar las ideas de Francia. Viajó también a Alemania y concurrió a la Siegelstrasse donde enseñaba el Prof. Bumm; al Virchowkrankenhaus para recibir lecciones de Kurt Meyer; a la Charité donde fue discípulo de Shilling; y de Berlín pasó a Hamburgo al Waren-Beck a perfeccionar aún más sus conocimientos en Tocología.

Siguen en el escrito que estamos comentando frases imposibles de coordinar. Con todo, armando renglones, parece que hablan de

dos ancianos, ya vencidos por el tiempo; y que, como el Zaque Quemunchatocha, hincados de rodillas, puestas las manos y al esconderse el Sol, esperan los últimos estertores del atardecer....

La narración se interrumpe bruscamente; no hay interrogaciones, no hay puntos suspensivos, solamente unas páginas en blanco como para llenar con algo que todavía se desconoce.... Al final del bloque el dibujo de una, o quizás de dos cruces semidestenidas y como emborronadas por un tropel de lágrimas....

Esta fábula, este enredo, querido Nicolás es una pura farsa. Un cuento, una novela, tal vez alguna historia que olvidamos comentar cuando éramos mojalbetes y truhanes. ¡A tí te gustaban mucho estas conversaciones; eras tan dado a la literatura! Te agradaban las éstrofas que repetíamos en el cuartico de tu casa, cuando estudiábamos la Fisiología, leíamos a Testut, comentábamos la Botánica. Allá, en ese hogar tan bello con que Dios te bendijo! Donde tus santos padres nos guiaban y nos estimulaban, entonces plenos de juvenil vigor, hoy mirando los intersticios de la puerta del Cielo. Y es que me parece escuchar a tus hermanos pequeñines cantando y jugueteando como pajaritos, y a tus hermanitas mayores con toda su belleza y con su aristocracia.

Pero, quizás estos recuerdos puedan mortificarte. Perdóname. Tontamente la Sociedad de Cirugía ha querido que lleve la palabra, sin caer en cuenta de que yo podría restregar todo mi corazón....

Te invito a levantar esta copa por tu hogar; por tu compañera, esa mujer que ha sido consejera y amparo, sostén y guía; por tu bienestar en el día de tus Bodas de Plata profesionales y que ojalá fueran las de Oro. Brindemos también por la Sociedad de Cirugía, por su unión, su progreso, su vida perdurable....